

con el enemigo mas implacable de la verdadera religion y que por consiguiente, se habian hecho indignos de reinar por más tiempo sobre los musulmanes; que Yusuf quedaba desligado de todos los pactos que pudiera haber hecho con ellos y que tenia no solo el derecho, sino la obligacion de destronarlos, sin tardanza. «Nosotros tomamos sobre nuestra conciencia, decian, para concluir, responder ante Dios de este hecho. Si nos equivocamos, consentimos en sufrir en la vida futura la pena debida por nuestra conducta y declaramos que vos, emir de los musulmanes, no sois responsable de ella, pero creemos firmemente que si dejais en paz á los príncipes andaluces, entregaran nuestro pais á los infieles y en este caso tendreis que dar cuenta á Dios por vuestra inaccion.»

Tal era el sentido general de este memorable fetva que contenia además acusaciones dirigidas contra algunos príncipes en particular. Todos, hasta Romaliquia, tenian allí su puesto; á ésta se le acusaba de haber arrastrado á su esposo en un torbellino de placeres, y de ser la causa principal de la decadencia del culto.

Este fetva era precioso para Yusuf, pero

creyendo darle todavía mayor autoridad, lo hizo aprobar por sus faquies africanos, y lo envió enseguida á los mas célebres doctores de Egipto y de Asia, para que confirmasen la opinion de los doctores de Occidente con la suya. Parecia natural que se hubiesen declarado incompetentes, puesto que se trataba de asuntos que no conocian, pero se guardaron muy bien de hacerlo; la idea de que habia en alguna parte un pais en que los hombres de su profesion disponian de los tronos, halagaba grandemente á su orgullo y los mas famosos de ellos y á su frente el gran Ghazzali, no vacilaron en declarar que, aprobaban en todos sus puntos el decreto de los faquies andaluces. Dirigieron además á Yusuf cartas llenas de consejos, comprometiéndolo estrechamente á gobernar con justicia y á no desviarse nunca de la buena via, lo que queria decir, que debia atenerse constantemente á la opinion del clero (1).

(1) Ibn-Khaldun, «Hist. de los Berberiscos» t. II, p. 79, 80, 82; «Abbad», t. II, p. 27, 151.

XIV.

Podía preverse el carácter de la guerra que iba á comenzar; iba á ser una guerra de sitio y no de batallas. Así, que entrambas partes se prepararon una á atacar las plazas fuertes, otra á defenderlas; y el ejército Almoravide, cuyo general en Jefe era Sir ibn-abi-Becr, pariente de Yusuf, se dividió en muchos cuerpos, de los que uno fué á sitiar á Almería, mientras que los otros se dirigieron contra las fortalezas de Motamid. De estas últimas, Tarifa sucumbió en el mes de Diciembre de 1070 (1). Poco despues, tan

(1) Abd.-el-wahid. p. 98.

rápidos fueron sus progresos, los soldados de Yusuf habían comenzado ya el sitio de Córdoba, donde gobernaba un hijo de Motamid, Fath, por sobrenombre Mamun. La antigua capital del califado no opuso larga resistencia, sus mismos habitantes la entregaron á los Almoravides. Fath intentó entonces abrirse camino con su espada á través de los enemigos y de los traidores, pero sucumbió al número. Se le cortó la cabeza, que pusieron en la punta de una pica y pasearon en triunfo (26 de Marzo de 1091).

(1) Carmona fue tomada el 10 de Mayo (2), y entonces pudo comenzar el sitio de Sevilla. Dos ejércitos marcharon contra ella, uno se estableció á Levante, otro á Poniente. El Guadalquivir separaba á este último de la ciudad que por este lado estaba defendida por la armada.

La posición de Motamid había llegado, pues, á ser muy crítica. Tan solo le queda-

(1) «Abbad.», t. 1, p. 54, 55. La fecha que pongo se halla en el «Cartás» (p. 100) y Abd.-el-wahid, p. 98. Según Ibn-al-Khatib (Abbad., t. II, p. 178) la toma de Córdoba debió tener lugar en el mes de Agosto.

(2) «Cartás.», p. 100.

ba una esperanza: contaba con el socorro de Alfonso, á quien habia hecho las más brillantes promesas, si queria ayudarlo. Alfonso se habia comprometido á hacerlo y cumplió su palabra: envió á Alvar Fañez á Andalucía con un gran ejército. Desgraciadamente para Motamid, Alvar Fañez fué batido cerca de Almodovar por las tropas que Sir' habia enviado á su encuentro (1). Sin embargo, no desesperaba aún, lo que le sostenia, lo que le prestaba fuerzas eran las predicciones, los sueños de su astrólogo. Miétras que los pronósticos fueron favorables creia salvarse por no sé que milagro; pero cuando fueron malos, cuando hablaron de un fin que se aproximaban de un leon que cogia su presa cayó en un sombrío abatimiento y abandonó el cuidado de la defensa á su hijo Rachic.

Entretanto los descontentos que querian entregar la plaza al enemigo, se agitaban, conspiraban y se esforzaban por hacer estallar una sedicion. Motamid los conocia y si

(1) «Cartás», p. 100, 101; «Abbad.», t, II, 42, 232; «Anales Toledanos, II,» p. 404 (en la falsa fecha de 1092).

hubiera querido, hubiera podido hacerlos matar, como le aconsejaban, pero repugnándole la idea de terminar su reinado con un acto tan riguroso, se contentó con hacerlo espiar. Parece, sin embargo, que la vigilancia que se ejercía sobre ellos, no era lo bastante eficaz, pues hallaron medios de comunicar con los sitiadores, los ayudaron á hacer una brecha, por la que el martes 2 de Setiembre penetraron algunos Almoravides en la ciudad. Apenas tuvo noticia de lo que pasaba, cogió Motamid un sable y sin detenerse á tomar un escudo ni una coraza, montó á caballo y se precipitó sobre los agresores, rodeado de algunos soldados adictos. Un capitán almoravide le tiró un dardo. Pasó el arma bajo el brazo y le rozó la túnica. Cogiendo entónces el sable con las dos manos parte al caballero en dos pedazos, rechaza á los otros enemigos y los obliga á buscar su salvacion en una fuga precipitada. La brecha fué compuesta al momento, pero el peligro desviado por un instante no tardó en reaparecer. Despues de medio dia, los Almoravides consiguieron quemar la flota, lo que causó gran consternacion entre los sitiados, porque sabian que destruidos los buques, la ciudad no podia mantenerse

ni tampoco ignoraban que para asaltarla no esperaban los sitiadores más que la llegada de Sir que habia ido á traer refuerzos. Así es que el terror fué tal, que los habitantes no pensaron más que en salvar sus vidas. Algunos se echaron al rio, tratando de pasarlo á nado, otros se tiraron desde lo alto de las murallas y hasta hubo algunos que se deslizaron por las cloacas. Entretanto, llegó Sir y el domingo 7 de Setiembre mandó dar el asalto. Los soldados que estaban en las murallas se defendieron con bravura, pero fueron abrumados por el número, y entónces los Almoravides penetraron en la ciudad saqueándola y cometiendo todo género de escesos. Su rapacidad, fué tal que quitaron á los sevillanos hasta su último vestido.

Motamid estaba todavia en el castillo. Las mugeres lloraban, sus amigos le suplicaban que se rindiera. Él no quiso, porque entreveía con horror, no la muerte, estaba demasiado habituado á desafiarla para que la temiera, sino el suplicio infame, y lo que pensaba en esta ocasion, lo ha expresado en estos versos:

Cuando mis lágrimas dejaron al fin de

correr, y se calmó un poco mi corazón desgarrado: Redios, me dijeron, es el partido más prudente» ¡Ay!, respondí, ¡un veneno me parecería más dulce de tragar que vergüenza semejante! Que los bárbaros me quiten mi reino y que mis soldados me abandonaran: mi valor y mi dignidad no me abandonan. El día en que caí sobre los enemigos no quise coraza, salí á su encuentro sin más vestidos que una túnica y esperando encontrar la muerte me lancé en lo más fuerte de la pelea, mas ¡ay! no había llegado mi hora.

Resuelto á buscar una vez más la muerte que parecía huirle, se lanzó como un desesperado sobre un batallón almoravide que había penetrado en el patio del castillo, lo rechazó y lo precipitó en el río. Su hijo Malic perdió la vida en esta ocasión, pero él ni siquiera recibió una herida. Vuelto al castillo, tuvo por un momento la idea de darse la muerte, pero creyendo que esto era ofender á Dios, renunció á su proyecto y se decidió al fin á rendirse. Cuando llegó la noche envió pues á su hijo Rachid cerca de Sir porque esperaba todavía obtener condiciones. Esta esperanza se desvaneció. Rachid pidió en vano una audiencia y se le dió á entender que su padre tenía que entre-

garte á discrecion. No pudiendo tomar otro partido, Motamid se resignó á tomar el último que le quedaba. Se despidió de su familia y de sus compañeros de armas; quelleraban y gemian y se puso con Rachic en manos de los Almoravides. El castillo fué saqueado como lo habia sido la ciudad y le dijo á Motamid que no les perdonaria la vida á él ni á su familia, sino á condicion de enviar á sus dos hijos Radhí y Motadd que mandaban el uno en Mertola y el otro en Ronda, la orden de rendirse inmediatamente á los cuerpos almoravides que lo sitiaban. Motamid consistió en hacerlo y, como sabia que sus hijos tenian el alma tan altiva como él, les suplicó en los términos mas sentidos que obedecieran á su voluntad, pues solo á ese precio podian salvarse las vidas de su madre, de sus hermanos y de sus hermanas. Romaiquia unió tambien sus súplicas á las suyas, pues tambien temia que sus hijos reusaran someterse y este temor era fundado. Sobre todo á Radhí, por mucho que sintiera la suerte que esperaba á su familia en el caso de continuar defendiéndose, le costó mucho trabajo resolverse á obedecer, porque Ronda podia sostenerse todavia mucho tiempo. El general Guerur encargado de

sitiarla se mantenía á distancia, no se atrevía á aproximarse á aquel nido de águilas, colgado en la cima de una montaña escarpada y no tenía esperanza alguna de apoderarse de ella por la fuerza de las armas. Sin embargo, al fin triunfó en su corazón el sentimiento filial, consintió en entrar en tratos y habiendo obtenido una capitulación honrosa, abrió á los Almoravides las puertas de su fortaleza. Pero Guerur tuvo la infamia de faltar á su palabra y para castigar á Radhí de haber dudado tanto tiempo lo hizo asesinar. Motadd que se había decidido mas pronto tuvo menos dura suerte; sin embargo también la capitulación que hizo fué violada, pues le quitaron todos sus bienes aunque se habían comprometido á dejárselos (1).

La toma de Sevilla apresuró la rendición de Almería. En su lecho de muerte, Motacim había aconsejado á su primogénito Izzad-daula que se fuera á refugiar á la corte de los señores de Bugia, en cuanto supiera

(1) Abd-el-wahid, p. 98 101; «Abbad.». t. I, páginas 55-59, 303, 304, 306; t. II, páginas 68, 178, 204, 205, 227, 228, 232.

que Sevilla había tenido que rendirse. Habiendo sucedido esto, Izz-ad-daula obedeció la última voluntad de su padre y los Almoravides entraron en Almería á tambor batiente y á banderas desplegadas (1). Poco despues tomaron á Murcia, Dénia y Játiva (2) y luego volvieron sus armas contra el ruina de Badajoz. Durante el sitio de Sevilla, Motawakkil creyó poder escapar á su reino aliándose con los Almoravides y hasta se dice que los había ayudado á apoderarse de la capital de Motamid (3); pero mas adelante, cuando sus pretendidos aliados comenzaron á desvastar sus fronteras, se había echado en brazos de Alfonso, cuya proteccion había comprado cediéndole á Lisboa Ceuta y Santander (4). Este paso descontentó á sus súbditos y ellos fueron los que llamaron á los Almoravides. En consecuencia, Sir, que había sido nombra-

(1) «Recherches», t. I, p. 279, 281.

(2) «Cartás,» p. 101.

(3) «Abbad.», t. II, p. 44.

(4) Compárese ese á Ibn-aI-Khatib (en mis «Recherches,» t. I, p. 179, l. 10-12 de la 1.^a edicion, donde debe leerse con el man, de Berlin «emir,» en lugar de «asr») con el «Chron. Lusit.» p. 419 y los «Annal., Complut.» p. 317.

do gobernador de Sevilla, envió un ejército contra Motawakkil á principios del año 1094 que conquistó el pais sin exceptuar la capital, con tanta facilidad y rapidéz que Alfonso no tuvo tiempo de socorrer á su aliado. Habiendo sido tomada por asalto la ciudadela de Badajoz, donde Motawakkil se habla refugiado con su familia, este cayó en poder de sus enemigos. A fuerza de torturas, Sir le obligó á declarar los sitios en que habia ocultado sus tesoros y le dijo que lo iba á mandar á Sevilla con sus dos hijos Fadhl y Abbás. No era esta sin embargo su intencion, por el contrario, habia resuelto concluir con estos príncipes, pero como temia que su ejecucion en la capital produjera mal efecto, dió orden al capitan que mandaba la escolta de matarlos en cuanto la perdieran de vista. En cuanto estuvieron á alguna distancia de Badajoz, el capitan anunció, pues, á Motawakkil que él y sus hijos debian prepararse á morir. El desdichado príncipe no trató de ablandar á sus verdugos, pues sabia que esto seria inútil; sólo les rogó que comenzaran por sus hijos, porque segun las ideas musulmanas se pueden rescatar con sufrimientos los pecados cometidos. Se accedió á su ruego y

cuando vió caer las cabezas de sus dos hijos, se arrodilló para hacer la última plegaria. Los soldados no se la dejaron concluir. Lo mataron á lanzazos (1).

En 1102, los Almoravides se posesionaron de Valencia, ciudad de que el Cid se habia apoderado ocho años antes. Mientras que vivió, los Almoravides trataron en vano de quitársela y despues de su muerte (1099) su viuda Jimena se mantuvo allí mas de dos años, pero Alfonso, á quien ella habia llamado en su auxilio y que creia á Valencia demasiado apartada de sus Estados para poder disputársela por mucho tiempo á los Sarracenos la indujo á abandonarla. Así se hizo, pero no queriendo de jar á los Almoravides, mas que escombros, los Castellanos incendiaron la ciudad á su partida.

No quedaban pues, en la España musulmana, mas que dos Estados que no hubiesen sido incorporados todavia al imperio

(1) Ibn-al-Abbar é Ibn-al-Khatib (en mis «Recherches» t. I, p. 175, 179 y 180 de la primera edición); Ibn-Khaldun «apud» Hoogvliet, p. 3 (yo he corregido el texto de este pasage en mis «Recherches» t. I, p. 158, 159 de la primera edición).

de los Almoravides; Zaragoza donde reinaba Mostain, de la familia de los Beni-Hud y la Sahla que pertenecía á los Beni-Razín. Estos últimos, habian reconocido la soberanía de Yusuf, pero sin embargo, fueron depuestos (1). Mas feviz Mostain, que habia sabido ganarse el favor de los Almoravides con los ricos presentes que les enviaba, conservó el trono durante su vida, pero á su muerte cambiaron de faz las cosas. Le sucedió su hijo Imad-ad-daula, pero los habitantes de Zaragoza no quisieron reconocerle sino á condicion de que se comprometiera á licenciar los soldados cristianos que servian en el ejército. Condicion era esta muy dura de cumplir, pues hacia un siglo que eran los cristianos los mejores soldados del ejército de Zaragoza y el mas seguro apoyo del trono, y si Imad-ad-daula los licenciaba, era evidente que no tardaria en sucumbir, pues sus súbditos no deseaban mas que entregarse á los Almoravides. A pesar de esto, el príncipe consintió en hacer la promesa que se le exijia, pero apenas la hubo cumplido se apresu-

(1) Ibn-al-Abbar, p. 182.

raron sus súbditos á ponerse en relaciones con Alí, hijo de Yusuf que reinaba entonces, pues su padre habia muerto tres años antes, y á decirle que habiendo sido echados los cristianos, le seria fácil apoderarse del reino. Informado Imad-ad-daula de sus tramas, alistó cristianos de nuevo. Esta medida puso el colmo al descontento de sus súbditos, que informaron á Alí de lo que habia pasado, suplicándole que los socorriera. Alí preguntó á los fauques de Marruecos, si tenia derecho á acceder á sus súplicas y habiendo recibido una respuesta afirmativa, envió al gobernador de Valencia la orden de tomar posesion de Zaragoza. Esta orden se ejecutó sin obstáculo, porque Imad-ad-daula, que no se creia seguro en su capital, la habia evacuado para meterse en la fortaleza de Rueda. Antes de su partida habia escrito, sin embargo, á Alí, una carta muy sentida, en que le rogaba por la amistad que habia habido entre sus padres que le dejase sus Estados, puesto que no habia hecho nada que pudiera motivar pasos hostiles de parte de Alí. La carta hizo mucha impresion sobre este y tanto mas cuanto que su padre le habia recomendado en su lecho de muerte que viviera en paz

con los Beni-Hud; así que envió contra-órden al gobernador de Valencia, pero la contra-órden llegó demasiado tarde, pues los Almoravides habían ya entrado en Zaragoza (1).

Toda la España musulmana estaba ya reunida bajo el cetro del rey de Marruecos; lo que el pueblo y los faquies deseaban se había efectuado, y los faquies por lo menos no tuvieron por que arrepentirse de haber cooperado del modo mas eficaz al éxito de la revolucion. Seria preciso remontarse hasta el tiempo de los Visigodos para hallar otro ejemplo de un clero tan poderoso como lo fué el musulman en el reinado de los Almoravides. Los tres príncipes de esta casa que reinaron sucesivamente en Andalucía, Yusuf, Alí (1106-1143) y Techufin (1143-1145) fueron todos extremadamente devotos, dispensaron á todos los faquies respetos y homenajes y no hacian nada sin

(1) «Holal» fól. 30 v.-31 v., 34 r. 39 r. yv.; Ibn-al-Abbar, p. 225 (en este autor no concuerda el día del mes con el de la semana) «Cartás», p. 104. Imad-ad-deuda quedó en posesion de Rueda hasta 1130 en que murió. Diez años después, su hijo y sucesor Saif-ad-daula, cedió aquella fortaleza á Alfonso VII.

su aprobacion. Sin embargo, es á All á quien es preciso conceder la palma. La casualidad se habia equivocado haciéndolo nacer en las gradas de su trono; la naturaleza lo habia destinado para una vida de sosiego y de piadosa meditacion, para el cláustro, para una ermita en el desierto. Durante su vida no hizo mas que rezar y ayunar. Naturalmente los faquies no tuvieron de que quejarse, manejaban al monarca como querian, gobernaban el Estado, disponian de todos los empleos y de todos los favores, acumulaban inmensas riquezas (1), en una palabra, recogian el fruto que se habian prometido de la dominacion almoravide y acaso la cosecha escedia á sus esperanzas. Pero si los sucesos las habian justificado, tambien justificaron los temores de los que no querian ni el dominio del clero, ni el de los soldados del Sahara y de Marruecos. Los literatos, los poetas y los filósofos tenian muchos motivos de queja. Verdad es que muchos literatos que habian servido en las cancillerias de los príncipes andaluces, habian obtenido empleos en las

(1) Abd-el-wahid, p. 122.

del nuevo dueño, pero se hallaban fuera de su sitio y poco á sus anchas en medio de sacerdotes fanáticos y rudos capitanes; la comitiva de los príncipes andaluces era muy diferente. Aun en aquellos que para ganar el pan cotidiano, adulaban á los señores almoravides, y les dedicaban libros, se nota cierta triteza mezclada á gran admiración hacía los príncipes literatos que antes habían reinado en Andalucía. Hubo también quien experimentó á veces la necesidad imperiosa de desahogar su bilis, como aquel secretario que habiendo recibido orden de dirigir á nombre del monarca una reprimenda al ejército valenciano que se había dejado batir por el rey de Aragon, cedió á su antipatía hasta el extremo de poner en su carta frases como esta: «Cobardes, infames, ¿huís todos á la vista de un solo caballero? En lugar de caballos que montar, debíamos daros obejas que ordeñar. Ya es tiempo de que os castigemos severamente, que purguemos de vosotros á la Península y que volvamos al Sahara.» Semejante lenguaje, no hay para que decirlo, no agradó al monarca y el secretario fué destituido (1). En cuanto

(1) Abd-el-wahid. p. 127. /

á los poetas, no hallando ya Mecenas, deploraban la decadencia del gusto y maldecía la barbarie que habia invadido su pais (1). Algunos de ellos subsistian trabajosamente, componiendo odas en honor de los faquies, porque por devotos que fueran, no estaban exactos de vanidad y su jefe Ibn-Hamdin tenia mucha. Pretendia pertenecer á la nobleza árabe, la hechaba de príncipe y entre otros versos se hizo componer los siguientes: «Que no se hable del esplendor de Bagdad, ni de la hermosura de la China y de la Persia:—no hay en toda la tierra ciudad como Córdoba, ni hombre que pueda compararse con Ibn-Hamdin (2).» Pero los faquies sin exceptuar á Ibn-Hamdin que era el hombre mas rico de Córdoba (3), pagaban muy mal (4) y además los poetas

(1) Ibn-Khacan en su cap. sobre Abu-Mohamed ibn-al-Djobair ha copiado una sentida epístola que este literato dirigia á Ibn-Hamdin sobre este asunto.

(2) Maccari, t. I, p. 299; compárese con el t. II, p. 360, 331, 472.

(3) «Chron.» «Adef.» «Imper.», c. 91.

(4) «Se vá á acabar el mundo, decia el poeta Ibn-al-Binní, puesto que Ibn-Hamdin nos promete recompensas. Mas fácil es que cojamos las estrellas que su dinero.»—Abd-el-wahid, p. 123.

que se respetaban á sí y á su arte, no querían cantarlos. La pobreza era pues su destino. Ibn-Baki, gracioso poeta, uno de los mejores que ha tenido Andalucía, erraba como un vagamundo falto de pan (1). «A vuestro lado, compatriotas, decía en uno de sus poemas, me encuentro en la pobreza y en la miseria y si mereciera el nombre de hombre libre y digno, ya no estaría aquí. Vuestro jardín no produce frutos, vuestro cielo no dá ni una gota de agua. Yo tengo sin embargo mérito y, si Andalucía no me quiere, el Irac me recibirá con los brazos abiertos. Aquí sería una locura querer subsistir con el talento, pues aquí no hay mas que estúpidos y avaros advenedizos (2).» Un solo consuelo quedaba á los poetas, podían silvar á los poderosos del día, escribir sátiras llenas de hiel contra los faquies, «esos lobos que se arrastran en las tinieblas y que devoran piadosamente todos los bienes de aquí abajo (3);» pero era, pe-

(1) Véase Ibn-Khacan «apud» Maccari, t. II, p. 590.

(2) Maccari, t. II, p. 303.

(3) Maccari. t. II, p. 303, 305; Abd-el-wahid, p. 123.

ligroso exhalar su cólera de este modo, por que los faquies sabian castigar á los audaces que se burlaban de ellos. La Filosofía, apenas hay que decirlo, era ciencia prohibida. Malic ibn-Wohaib de Sevilla, tuvo la imprudencia de ocuparse de ella, pero viendo que esponia su vida, la abandonó para entregarse enteramente al estudio de la Teología y al derecho canónico. No tuvo por qué arrepentirse, pues llegó á ser el amigo y el confidente del monarca, sin embargo nunca se le perdonó enteramente la falta que habia cometido en su juventud, y uno de sus enemigos compuso contra él estos versos: «La corte de Alí estaria libre de toda mancha, si el demonio no hubiera hallado medio de meter en ella á Malic Ibn-Wohaib (1).» La intolerancia de los faquies no tenía límites y sus conocimientos eran muy limitados. Poco versados en el estudio del Coran y de las tradiciones relativas al Profeta, no conocian más que los escritos de los discípulos de Malic que miraban como autoridades infali-

(1) Ibn-abí-Ozaibia, artículo sobre Avempace; Maccari, t. II, p. 322, 323.

bles de las que no era permitido apartarse. Su teología, á decir verdad, no era más que un conocimiento minucioso del derecho canónico. En vano, teólogos un poco más ilustrados, se oponían á su gusto exclusivo para cuestiones y libros en realidad secundarios, se les respondía con persecuciones y se les trataba de heterodoxos, cismáticos é impíos. El libro que el célebre Ghazzalí habia publicado en Oriente con el título de «Vivificación de las ciencias religiosas», causó en Andalucía gran escándalo. No era, sin embargo, un libro heterodoxo. Ghazzalí, á quien no habia satisfecho ningun sistema filosófico, habia caído primero en el escepticismo y no habiendo podido seguir en él, se habia precipitado en el ascetismo y se habia hecho enemigo declarado de la filosofía (1). Así, que afirma, en la Vivificación de las ciencias religiosas, que la metafísica no debe servir más que para defender la religion revelada contra los novadores y la declara supérflua en tiempos de fé verdadera y viva; y en cuanto

(1) Renan, «Alberroes», p. 97 de la segunda edición.

al estudio de la naturaleza, quiere que se abstengan absolutamente de él, si se aperciben que pueda quebrantar la fé (1). Pero predicaba una religion íntima, ferviente, apasionada, una religion del corazon y censuraba enérgicamente á los teólogos de su tiempo que se detenian en la corteza, no ocupándose más que de cuestiones de derecho, útiles solamente para terminar las insignificantes querellas del vil populacho (2). Esto era atacar á los faquies andaluces en su flaco, asi que se llenaron de indignacion. El cadí de Córdoba Ibn-Hamdin, declaró que todos los que habian leído el libro de Ghazzalí eran impíos y condenados, y redactó un fetva en que se decía que todos los ejemplares debian ser entregados al fuego. Este fetva firmada por los faquies de Córdoba, fué presentado al rey Alí que lo aprobó. Por consiguiente, el libro de Ghazzalí fué quemado en Córdoba y en las demás ciudades del imperio y se prohibió á

(1) Gosche, «Ueber Ghazzalís Leben und Werke» (en las Mem. de la Acad. de Berlin de 1858) p. 258, 290.

(2) Artículo de M. Hitzig sobre la obra de Ghazzalí en el Diario Asiat. aleman., t. VII, p. 173, 175.

todos bajo pena de muerte y de confiscacion de bienes tener un ejemplar (1).

Se comprende que bajo semejante régimen la suerte de los que vivian fuera de la religion musulmana debia ser intolerable. Hé aquí, por ejemplo, lo que aconteció á los judíos. Un faquí de Córdoba creyó haber hallado un medio excelente para obligarlos á abrazar el islamismo. Pretendió haber encontrado entre los papeles de Ibn-Masarra una tradicion, que decia que los judios se habian comprometido con Mahoma á hacerse musulmanes al fin del siglo V de la Hegira, si el Mesías que esperaban no habia parecido en este intervalo. Evidentemente este faquí no era muy fuerte en la historia literaria, si lo hubiera sido, se hubiera guardado muy bien de decir que habia hallado esta tradicion en los papeles de Ibn-Masarra, puesto que se sabe que la ortodoxia de este sábio era más que sospechosa (2). Pero no se miraba tanto y el rey Yusuf que estaba entónces en España, fué á Lucena (ciudad exclusivamente judía, por que

(1) Abd-el-wahid, p. 111, 234, 132; «Holal», fól. 41 v.

(2) Véase, t. III, p. 26, 27.

ningun musulman podia habitar allí) á fin de obligar á los hebreos á cumplir la promesa hecha por sus antepasados. Gran consternacion entre los judíos de Lucena, pero afortunadamente les quedaba todavía un medio para salir del apuro. En realidad no eran ni su conciencia, ni su fé lo que se queria, sino su dinero. Pasaban por los judíos más ricos del mundo musulman y el gobierno contaba con ellos para salvar el déficit, creado en el tesoro por la abolicion de las contribuciones ilegales. Ellos no lo ignoraban y, en su consecuencia, se dirigieron al cadí de Córdoba Ibn-Hamdin, suplicándole que intercediera por ellos con su soberano. El cadí no se mostró inexorable, les prometió hablar en su favor y lo hizo. No nos atreveríamos á afirmar que lo hiciera de valde, pero el caso es, que persuadió al rey á contentarse con una suma de dinero. Cierto es que esta suma era enorme, pero en aquellas circunstancias los judíos debieron felicitarse de verse libres por un sacrificio pecuniario (1).

(1) «Holal», fól. 32 r. y v. Consúltese sobre Lucena y su poblacion judia Edrisí t. II, p. 54.

Los cristianos, los muzárabes como los llamaban, tuvieron que sufrir mucho mas; el ódio que los faquies y el populacho alimentaban contra ellos, era más fuerte y más envenenado. En muchos lugares no formaban más que una pequeña comunidad, pero todavía eran muy numerosos en la provincia de Granada y, muy cerca de la capital, poseían una hermosa iglesia, que había sido edificada en el año 600 por un señor godo, llamado Gudila. Esta iglesia hacía sombra á los faquies. Fundándose probablemente en la autoridad del califa Omar II, que quiso que no se dejáran en pie en ninguna parte iglesias, ni capillas nuevas ni viejas (1), dieron un fetva que mandaba destruirla; y habiendo recibido este fetva la aprobacion de Yusuf, el sagrado edificio fué demolido hasta los cimientos (1099). Según toda apariencia, otras iglesias tuvieron la misma suerte; lo cierto es, por lo ménos, que los faquies vejaron de tal manera á los muzárabes que estos suplicaron, al fin, al rey de Aragon, Alfonso el Batallador que

(1) Véase «Journ. Asiat.,» IV série, t. XVIII, p. 513.

viniera á librarlos del yugo intolerable que sobre ellos pesaba. En Setiembre de 1125 se puso en camino con cuatro mil caballeros, seguidos de sus gentes de armas, que habian jurado todos sobre el Evangelio no abandonarse unos á otros. Su expedicion no tuvo, sin embargo, el resultado que se habian prometido. Verdad es que desvastó la Andalucía durante más de un año, que llegó hasta las puertas de Córdoba y que consiguió una gran victoria en Arnisol, cerca de Lucena; pero habia venido á tomar á Granada y no lo consiguió. En cuanto se marchó el ejército aragonés, los musulmanes castigaron del modo más cruel á los muzárabes. Diez mil de ellos se habian sustraído ya á su furor; conociendo la suerte que le esperaba habian obtenido, de Alfonso, permiso para establecerse en sus Estados, pero todavía quedaban muchos y estos fueron privados de sus bienes, maltratados de todas suertes, presos ó muertos. Sin embargo, la mayor parte fueron trasladados al África, espuestos á insoportables sufrimientos y se los estableció en las cercanías de Salé y de Miquinés (1126). Todo esto se hizo en virtud de un decreto de Alí que el cadí Ibn-Rochd (abuelo del célebre

filósofo Averroes) había provocado (1). Once años más tarde tuvo lugar una segunda deportación de Muzárabes (2), de modo que en Andalucía quedaron muy pocos.

Para muchas gentes, este gobierno era pues, muy duro y muy tiránico. Sin embargo, los cristianos, los judíos, los teólogos musulmanes de la escuela liberal, los filósofos, los poetas y los literatos no formaban todos juntos mas que una minoría. Era, sin contradicción, una minoría muy considerable y de la que era imposible desentenderse, pues formaban parte de ella casi todos los hombres de talento, pero al fin, no era la masa de la población. Lo que esta esperaba del nuevo gobierno, podía formularse de este modo: orden en el interior, protección contra el enemigo fuera, disminución de impuestos y acrecentamiento de la prosperidad pública. ¿Se realizaron estos deseos? Puede decirse que lo fueron durante el reinado de Yusuf y en los primeros años del de su sucesor. Durante este tiempo no se turvó el orden, los caminos estaban se-

(1) Véase mis «Recherches», t. I, p. 343, 360.

(2) «Chron, Adefonsi Imperatoris», c. 64.

guros (1), los Castellanos fueron tan tenidos á raya que no pensaron ya en venir á devastar el interior de Andalucía (2) y, por lo menos al principio, no se echaron contribuciones ilícitas; eran los judíos, como hemos visto, los que debían pagar por los musulmanes, cuando el tesoro se encontraba exhausto. Sin embargo, no nos atreveríamos á afirmar, como lo hace un cronista (3), que no hubiera habido ninguna contribucion extraordinaria, pues se sabe que, una vez al menos Yusuf trató de echar una contribucion de guerra, una «mauna» (ayuda) como se la llamaba. Los Almerienses que no habian mostrado nunca gran parcialidad para los Almoravides, reusaron pagarla y el cadí de esta ciudad Abu-Abdallah ibn-al-Farra, respondió en estos términos á las reprimendas de Yusuf. «Vos me reprendéis, señor, porque no he querido obligar á mis conciudadanos á pagar la «manua» y decis que debe pagarse, puesto que todos los faquies y cadies de Marruecos y de Andalucía lo han decretado así, fundándose en el ejemplo de Omar, el compañero del Profeta,

(1) «Cartás», p. 108.

(2) Abd-el-wahid, p. 114; «Holal», fól. 52 r.; «Chron. Lusit.», p. 326.

(3) Citado en el «Cartás», p. 108.

que han sido enterrado á su lado y cuya justicia jamás se ha puesto en duda. He aquí mi respuesta, oh emir de los musulmanes: Vos no sois compañero del Profeta, ni sereis enterrado en su lado, ni yó sé que vuestra justicia haya dejado de ponerse en duda y si los cadies y faquies os ponen en la misma línea que á Omar, ellos tendrán que responder á Dios de esa opinion temeraria. Omar, por otra parte, no pidió la contribucion de que se trata, sino despues de haber jurado en la mezquita, que no le quedaba ni un solo dirhem en el tesoro; si vos podeis hacer lo mismo, tendreis derecho de pedir una contribucion extraordinaria; si no, nó, Salud (1).» ¿Este altivo lenguaje, dió por resultado que Yusuf renunciara á su designio ó bien persistió en él? No podriamos decirlo, pero nos sentimos inclinados á creer que en el reinado de Alí fueron restablecidas, á menos en parte, las contribuciones ilegales, pues hablando de los Rum (cristianos) á quienes este prín-

(1) Maccarl, t. II, p. 262, 263; Ibn-Kallican, Fac. XII, p. 17, 18. Este cadí de Almeria fué muerto en la batalla de Cutanda (cerca de Daroca) dada en 1120, Maccarl, t. II, p. 751.

cipe dió empleos, dice un cronista, (1) que fueron tambien encargados de percibir los «magharam» y ordinariamente se designan con esta palabra los impuestos que no han sido prescritos por el Coran. Sin embargo, la poblacion contribuyó menos que bajo los príncipes andaluces y es natural que, gracias á esta circuntancia y al sosiego de que se gozaba, se acrecentase la prosperidad. Esta fué en efecto muy grande, la prueba es que el pan se vendia muy barato y que podian comprarse legumbres casi de balde (2).

En general, el pueblo no se engañó, solo se equivocó, si habia creído que los Almoravides obtendrian victorias decisivas sobre los cristianos y devolverian á la España musulmana la grandeza y el poder que habia tenido en los tiempos de Abderram III, de Haquem II y de Almanzor. Las circuntancias eran sin embargo favorables, por que despues de la muerte de Alfonso VI (1109), la España cristiana fué por mucho tiempo presa de la discordia y de la guerra civil,

(1) «Holal», fól. 35.

(2) «Cartás», p. 108; «Holal», fól. 33 v.

pero los Almoravides no supieron aprovecharlas. Todos sus esfuerzos para reconquistar á Toledo fueron inútiles, y si bien es cierto que se apoderaron de algunas ciudades menos importantes, los triunfos que obtuvieron quedaron contrabalanceados con la pérdida de Zaragoza (1118).

El pueblo por lo demás no tuvo mucho tiempo de felicitarse por la revolucion efectuada: gobierno, generales y soldados todo se corrompió con una asombrosa rapidéz.

Los generales de Yusuf, cuando llegaron á España, eran iliteratos, es verdad, pero tambien piadosos, bravos, probos y acostumbrados á la vida sencilla y frugal del desierto (1). Enriquecidos con los tesoros de los príncipes andaluces que Yusuf les habia prodigado, perdieron bien pronto sus virtudes y no pensaron en adelante mas que en gozar tranquilamente de los bienes que habian adquirido (2). La civilizacion de Andalucía fué para ellos un espectáculo enteramente nuevo; avergonzados de su barbarie, quisieron iniciarse en ella, toman-

(1) «Holal», fól. 34 r.

(2) Abd-el-wahid, p. 148.

do por modelos á los príncipes destronado. Desgraciadamente tenían la piel demasiado dura para poder apropiarse la delicadeza, el tacto y el primor de los Andaluces. Todo llevaba en ellos el sello de una imitación servil y mal hecha. Protegieron á los literatos, se hicieron recitar poemas y dedicar libros, pero todo esto lo hacían torpemente, sin gracia y sin gusto, hicieran lo que hicieran, siempre quedaron semi-salvajes y no tomaron de la civilización andaluza más que su lado malo. El cuñado del rey Alí, Abu-Beer ibn-Ibrahim, que fué por algún tiempo gobernador de Zaragoza después de haberlo sido de Granada, fué por decirlo así, el tipo de esos generales que ensallaron sin gran éxito «andaluzarse», si nos es lícito espresarnos así. Nacido en el Sahara, había sido criado en los principios régidos y austeros de su nación, pero en Zaragoza los olvidó para tomar en todo por modelos á los Beni-Hud, antiguos reyes del país. Estos habían sido gente alegre y él quiso serlo también; en consecuencia se rodeó de vividores y cuando bebía con ellos se ponía una corona y un manto real; luego como los Beni-Hud habían sido los protectores de la filosofía y hasta dos de ellos Moc-

tadir y Mutamin habian escrito sobre esta ciencia, quiso él serlo á su vez, y sin cuidarse de lo que digeran su cuñado y los faquies, eligió por amigo, por confidente y por primer ministro á un hombre cuyo nombre no pronunciaban los fieles sino con horror, que no creia en el Coran y que negaba toda revelacion, al célebre filósofo Avempace en una palabra (1). Sus soldados se indignaron tanto que gran número de ellos lo abandonó (2). Sin embargo, los soldados aunque mas ortodoxos, no valian mas que sus jefes. Los que los caracterizaba era su insolencia con los andaluces y su cobardía ante el enemigo. En efecto, su cobardía era tan grande que el rey Alí se vió obligado á vencer su aversion hácia los cristianos y alistar los que su almirante Ibn-Maimun que hacia una verdadera caza de hombres, le traia de las costas de Galicia, de Cataluña, de Italia y del imperio bizantino; (3)

(1) Avempace es una corrupcion de Ibn-Baddaj.

(2) Ibn-al-Katib, man. G. fól. 980 v. 100 r. (artículo sobre Abú-Becr ibn-Ibrahim); Ibn-Khacan, «Calayid» artículo sobre Avempace.

(3) -Véanse sobre estos Rum (que en el fondo eran los que llamaban antes eslavos) la «Chron. Adefonsi Imper», c. 45, 46, 94 y «Holal», fól. 35 r., 58 r., 62 v.

y en cuanto á la insolencia no conocian límites. Trataban á Andalucía como á un pais conquistado y tomaban todo lo que se les antojaba dinero, bienes y mujeres. El gobierno lo toleraba, porque no podia hacer nada. Su debilidad daba lástima. Los faques habian tenido que ceder el poder á las mujeres ó por lo menos dividirlo con ellas. El rey Alí se dejaba gobernar por su esposa Camar, otras damas gobernaban á su antojo á los altos dignatarios, y por poco que se satisficiera su codicia, podia hacerse todo lo que se quisiera. Hasta los bandidos tenian derecho de contar con la impunidad, si tenian medios de comprar la proteccion de estas damas. Ellas eran las que daban los empleos y por lo comun los concedian á hombres completamente incapaces. En una palabra, el gobierno llegó á ser despreciable y ridículo. Ejército y pueblo se burlaban de él, porque revocaba al dia siguiente las órdenes que habia dado la víspera; los grandes señores aspiraban al trono y se les oia decir que ellos gobernarían mucho mejor que el débil Alí que no sabia mas que rezar y ayunar (1).

(1) Abd-el-wahid, p. 128, 133, 148; «Holal», fól. 58 v., 59 r.

Para colmo de desdichas, estalló en África una terrible rebelion (1121). Fanatizados por un pretendido reformador, que se suponian el Mahdí anunciado por Mahoma, los salvajes habitantes de la cadena del Atlas marroquí, los Almohades (unitarios), como ellos se llamaban, tomaron las armas contra los Almoravides. Para una dinastía ya tan débil y vacilante, semejante golpe debia ser mortal. A excepcion de los cristianos, los soldados de que disponia eran tan malos que, por lo comun, la vista de un solo enemigo bastaba para ponerlos en derrota. Así que el gobierno en su último apuro no sabia que hacer; para prolongar algunos minutos su triste existencia desguarnecia á Andalucía, retirando de ella soldados, armas municiones y víveres (1). Los cristianos no tardaron en aperebirse de ello y en aprovecharlo. En 1125, cua ro años despues del comienzo de la rebelion de los Almohades, Alfonso el Batallador, rey de Aragon, devastó la Andalucía, como ya hemos visto, durante mas de un año. En 1133, Alfonso VII de Castilla que llevaba el títu-

(1) «Holal», fól. 52 r.

lo de emperador lo mismo que su abuelo Alfonso VI, llevó á sangre y fuego los alrededores de Córdoba, de Sevilla y de Carmona, tomó á Jerez que saqueó y quemó y penetró hasta lo que se llamaba entonces la vuelta de Cádiz, es decir, hasta las columnas de Hércules (1). No habia hecho mas su abuelo en tiempo de Motamid. Cinco años mas tarde volvió para devastar los alrededores de Jaen, de Baeza, de Úbeda y de Andujar. En 1143, hizo de nuevo la vuelta de Sevilla y de Carmona. Al año siguiente toda Andalucía fué saqueada y quemada desde Calatrava hasta Almería (2).

Despues de haber gozado de algunos años prósperos, el pueblo andalúz habia ganado en la revolucion que saludó con tanto entusiasmo: un gobierno impotente y corrompido, una soldadesca cobarde, indisciplinada y brutal, una pésima policia, porque en las ciudades pululaban los rateros y las campiñas estaban infestadas de ladro-

(1) «Chron Adefonsi Imper», c. 13, 16. Sobre la Vuelta de Cádiz ó columnas de Hécules, veanse mis «Recherches», t, II, p. 328 y el Apéndice número XXXV.

(2) «Chron Adef. Imper», c. 60, 82, 88.

nes, la paralización casi completa del comercio y de la industria, la carestía de los víveres, por no decir el hambre, en fin, invasiones más frecuentes que lo habían sido nunca y que tendían desgraciadamente á multiplicarse aun (1). Todas las esperanzas habían salido fallidas y ahora maldecían á aquellos Almoravides en quienes habían visto antes los salvadores del país y de la religión. En el año de 1121, se sublevaron los Cordobeses contra la soldadesca que estaba de guarnición en la ciudad y que se entregaba á todo género de excesos sin que el gobierno lo impidiera. Estos bárbaros fueron expulsados y sus casas saqueadas. Entonces el rey Alí, llegó á Andalucía con una nube de Africanos; jamás ejército tan considerable había desembarcado en España. Pero los Cordobeses puestos en el último extremo estaban resueltos á defenderse con el valor quedá la desesperación. Cerraron las puertas é hicieron barricadas en las calles. El combate, sin embargo, hubiera sido demasiado desigual, y los fauques se interpusieron para evitar la efusión de sangre. Esta vez,

(1) Compárese el «Holal,» fól. 52 r.

apesar de su habitual servilismo, tomaron partido por sus conciudadanos contra el poder. Declararon en un fetva que la rebel-
día de los Cordobeses era justa y legítima,
puesto que no habían tomado las armas mas
que para defender sus bienes, sus mugeres
y su vida. Allí cedió como de costumbre á
los faquies y, despues de algunos parlamen-
tos los Cordobeses se comprometieron á pa-
gar una multa en indemnizacion de lo que
habian saqueado y destruido (1). En otras
ciudades el descontentos crecia de continuo
y aunque el pasado no hubiera sido brillan-
te, se le echaba de menos y se deseaba vol-
ver á él, tan sombrío é insoportable era el
presente. Podemos convencernos de esto, le-
yendo el mensaje que los Sevillanos envia-
ron en 1133 á Saif-ad-dáula hijo del último
rey de Zaragoza que se encontraba en el
ejército de Alfonso VI cuando este estaba
antes las puertas de la ciudad. «Dirigios
al rey de los cristianos, le mandaron á de-
cir, arreglaos con él y haced de modo que
quedemos libres del yugo de los Almoravi-
de. Una vez que lo seamos, pagaremos al rey

(1) «Holal,» fól. 35 v. 36 r.

de Castilla un tributo mas considerable que el que nuestros padres pagaban á los suyos y vos y vuestros hijos reinareis sobre nosotros (1).» Once años despues la medida se habia colmado y desplomándose el imperio por todas partes se decia en las calles y en las mezquitas: «Los Almoravides nos sacan hasta la médula de los huesos; nos quitan nuestros bienes, nuestro dinero, nuestras mugeres y nuestros hijos, ¡sublebemosnos contra ellos, echémoslos, matémoslos!» Y otros decian: «Primero debemos hacer alianza con el emperador de Leon, le pagaremos un tributo como hacian nuestros padres.—Sí, sí, gritaban por todas partes, todos los medios son buenos siempre que quedemos libres de los Almoravides.» Y se pedia la bendicion de Dios sobre los proyectos que se habian formado (2) y toda Andalucía se levantaba como un solo hombre para aniquilar á sus opresores, con los cadies y los faquies á su cabeza, pues es sabido, que el clero ha contado rara vez el reconocimiento en el número de sus virtudes.

(1) «Chron. Adef. Imp.», c. 16.

(2) «Chron, Adef. Imper.», c. 89.

No vamos á referir ni la historia de esta revolucion, ni la conquista de España por los Almohades que habian derrotado á los Almoravides en Marruecos. La tarea que nos habiamos impuesto era diseñar la Historia de la Andalucía independiente y si, al echar una rápida ojeada sobre el período en que este pais no fué mas que una provincia de otro imperio, hemos excedido los limites de nuestro asunto, es por que hemos creido de nuestro deber mostrar que Andalucía cuando se entregó á los Almoravides estuvo muy lejos de ser dichosa y que llegó hasta echar de menos á sus príncipes indígenas á quien ella habia calumniado tanto y á quien habia abandonado y vendido en la hora del peligro.

Un solo deber nos resta para concluir, contar la historia de Motamid durante su cautividad.

XV.

Sean las que quisieran las virtudes de Yusuf—los faquies afirmaban que habia tenido muchas—no se contaba entre ellas la magnanimidad hacia los vencidos. Su conducta con los príncipes andaluces que habia hecho prisionero fué odiosa y cruel. Verdad es, que los dos nietos de Badis fueron tratados de una manera conveniente: recobraron la libertad á condicion de no salir de Marruecos y recibieron un sueldo bastante considerable de modo que Abdallad pudo dejar una buena fortuna á sus hijos. Es que Yusuf tenia para estos príncipes que eran de su nacion, un flaco, y eran ade-

más hombres incapaces, de los que no tenia nada que temer y que lo adulaban (1). En cuanto á los otros principios ya hemos visto cual fué la suerte de Motawakkil, de Fadhl y de Abbas; la de Motamid aunque no le quitaron la vida, no fué menos deplorable.

Despues de la toma de Sevilla, se dió órden de llevarlo á Tánger. En el momento de embarcarse consus mugeres y con sus hijos, una multitud inmensa cubria las riberas del Guadalquivir para darles el último adios. El poeta Ibn-aí-labbána en una de sus elegía ha descrito esta escena en estos términos:

Vencidos despues de una valerosa resistencia, los príncipes fueron metidos en un navío. La multitud llenaba las riberas del río, las mugeres estaban sin velos, y en su dolor se arañaban el rostro. ¡Qué de gritos, qué de lágrimas! ¿Qué nos queda ya? ¡Véte de aquí extranjerol recoge tus bagajes y haz tus provisiones, porque la caña de la generosidad ya se ha quedado desierta. Tú que tenias intencion de establecerte en este

(1) Véase Ibn-al-Khatib, man. E. artículo sobre Abdallah[ibn-Bologguin.

valle, sabe que la familia que tú buscabas ya no está allí, y que la sequía ha destruido nuestra cosecha. Y tú caballero del soberbio séquito, depon tus armas que no te servirían de nada, porque el leon ha abierto ya su boca para devorarte (1).

Cuando Motamid llegó á Tánger, donde permaneció algunos dias, el poeta Hozri que habitaba allí y que habia pasado algun tiempo en la córte de Sevilla, le envió poemas compuestos en su honor; de ellos uno solo era nuevo, y en este Hozri pedia un regalo, aunque debia saber que no estaba en estado de hacerlo. En efecto, el ex-rey de Sevilla no habia conservado de todas sus riquezas mas que treinta y seis ducados que habia escondido en su bota y que sus pies habian manchado de sangre: pero tal era su generosidad que no vaciló en sacrificar este último recurso; lió los ducados en un pedazo de papel y añadiéndoles una poesía en la que se escusaba por la exigüedad del regalo los envió á Hozri. Este mendigo sin vergüenza no tuvo siquiera la atencion de darle las gracias, y cuando los otros poetastros de Tánger y de sus

(1) «Abbad», t. I, p. 59, 61.

cercanías supieron que Motamid hacia todavía regalos, acudieron en gran número á presentarle sus versos. Pero ¡ay! ya no tenía nada que dar, y con esta ocasion dijo:

Los poetas de Tánger, los de la Mauritania entera, se esfuerzan en hacer versos y quisieran recibir alguna cosa del cautivo. Mas bien seria él, el que tendria que pedirles una limosna; ¡qué maravilla, qué maravilla! Si el pudor que hay en el fondo de su alma, si la altivéz que le legaron sus abuelos no se lo impidiera, él rivalizaría con ellos, él mendigaría tambien, él, que antes cuando se acudia á su generosidad repartía el oro á manos llenas (1).

De Tánger se le condujo á Mequinéz. En el camino se encontró una procesion que hacía rogativa por la lluvia y con esta ocasion compuso estos versos:

Viendo á esas gentes que iban á implorar la lluvia: «Mis lágrimas, les dije, la sustituirán.—Tienes razon me respondieron, tus lágrimas son bastante abundantes para ello; pero están mezcladas de sangre.» (2)

(1) «Abbad», t. I, p. 313, 314; t. II, p. 71, 175, 232; Abd-el-wahid, p. 101, 102.

(2) «Abad», t. I, p. 383.

En Mequinéz permaneció muchos meses, (1) hasta que Yusuf mandó trasladarlo á la ciudad de Aghmat, no lejos de Marruecos. Mientras que se le hacia andar este trayecto, su hijo Rachid á quien se habia negado á ver, porque, por un motivo que ignoramos, estaba enfadado con él, le dirigió para apaciguarlo estos versos:

Escudo de la lluvia protectora, señor de la generosidad, protector de los hombres, el mayor favor que pudierais concederme seria permitirme contemplar un instante tu noble rostro que alegre y brillante podria servirnos, la noche de antorcha, el dia de sol.

Motamid le respondió con estos:

Yo era el émulo de la lluvia bienhecho-
ra, el señor de la generosidad, él protec-
tor de los hombres cuando mi mano dere-
cha prodigaba los dones en el dia de la dis-
tribucion de los regalos, ó quitaba la vida
á los enemigos en el dia del combate, y
cuando mi izquierda tenia la brida que su-
jetaba el corcel, asustado con el ruido de las
lanzas. Pero ahora yo me hallo en poder de
la cautividad y de la miseria, me asemejo

(1) Abd-el-wahid, p. 102.

á una cosa sagrada que ha sido profanada á un ave á quien se han cortado las alas. Ya no puedo responder al ruego del oprimido, ni del pobre. La alegría de mi rostro á que estabas acostumbrado se ha cambiado en sombría tristeza; los pesares no me permiten pensar en alegrías; hoy todas las miradas se apartan de mí, cuando antes todas me buscaban (1).

En Aghmat llevó en la prision una existencia triste y dolorosa. El gobierno se ocupaba de él para mandar, ya que se le pusieran cadenas, ya que se las quitaran, pero no se tomaba el mismo cuidado de su subsistencia. Así, que vivía con su familia en la última miseria. Para subvenir á sus necesidades su muger y sus hijas se vieron obligadas á hilar. Él buscaba consuelo en la poesía. Así que cuando vió, desde la estrecha ventana de su calabozo, una bandada de esas ligeras aves á quienes los árabes dan el nombre de «catá» y que son una especie de perdices, dijo:

Yo lloraba viendo pasar cerca de mí una turba de «catás,» ellos eran libres, ellos no conocían ni la prision, ni la cadena. No era

(1) «Abbad», t. II, p. 73, 74.

por envidia por lo que lloraba, sino porque yo hubiera querido hacer lo que ellos, por que entónces yo hubiera podido ir á donde quisiera; mi dicha no se hubiera desvanecido, mi corazon no estaria lleno de dolor, yo no lloraria por la pérdida de mis hijos. ¡Cuán felices son! no están separados uno de otro, ninguno experimenta el dolor de estar lejos de su familia, no pasan como yo la noche en horribles angustias, cuando oigo rechinar en la puerta de la prision los cerrojos ó la cerradura. ¡Ay! ¡Dios les conserve á sus hijuelos, los míos carecen de agua y de sombra! (1)

Yá eran versos acerca de su pasada grandeza, sobre los magníficos palacios, testigos ántes de su felicidad, sobre los hijos que le habian muerto y con ocasion de la fiesta de la ruptura del ayuno, esto:

Otras veces las fiestas te ponian alegre, pero la fiesta que te halla cautivo en Aghmat te pone triste. Tú ves á tus hijas cubiertas de harapos y muertas de hambre; hilan para los que las pagan, por que no poseen yá nada en el mundo. Vienen á abrazarte fatigadas, destrozadas por el trabajo y con los ojos bajos. Caminan descalzas por el

(1) «Abbad», t. I, p. 68.

lodo de las calles, como si no hubieran marchado otras veces sobre almizcle y alcanfor. (1) Sus hundidas mejillas atestiguan la miseria y las lágrimas las han surcado... Lo mismo que con ocasión de esta triste fiesta ¡Dios quiera que no vuelva para tí!) tú has roto el ayuno, tu corazón también ha roto el suyo; tu dolor mucho tiempo contenido ha estallado al fin. Antes cuando tú mandabas, todos te obedecían; ahora tú mismo estás reducido á recibir órdenes. Los reyes que se complacen en su poder se dejan engañar por un sueño (2).

La infeliz Romaiquia no estaba hecha para una vida tan dura y cayó peligrosamente enferma. Motamid se entristeció mucho y tanto más, cuanto que no habían en Aghmat nadie á quien se atreviera á confiar el cuidado de curarla. Felizmente el célebre Abu-'l-Alá Avenzoar (3) que en los últimos años de su reinado había sido médico de su corte y á quien había devuelto los bienes de su abuelo, que Motadhid había confiscado (4), se hallaba entóncés en Marruecos. Es-

(1) Alusión á la aventura que hé referido antes p. 172, 173.

(2) «Abbad», t. I, p. 63, 74.

(3) Ibn Zohr en árabe.

(4) Véase Maccari, t. II, p. 293.

cribióle suplicándole que se encargara de la curacion de la enfermedad de Romaiquia. Avenzoar le prometió venir, pero como en su carta habia deseado á Motamid una larga vida, le envió estos versos dándole las gracias:

Me deseas una larga vida, pero como puede desearla un preso? ¿No es preferible la muerte á una vida que trae sin cesar nuevos tormentos? Otros pueden tener este deseo, porque tienen esperanza de encontrar la dicha, mas el único deseo que yo puedo tener es encontrar la muerte. ¿He de querer vivir para ver á mis hijas sin vestidos y sin zapatos? Ellas son ahora las siervas de la hija de un hombre cuyo empleo era anunciar mi venida cuando me presentaba en público, apartar las gentes que se oprimian á mi paso, contenerlas cuando atestaban el patio de mi palacio, galopar á derecha y á izquierda cuando pasaba revista á mis tropas y tener cuidado de que ningun soldado saliese de sus filas (1). Sin embargo, la súplica que has hecho tiene una buena intencion y me ha hecho mucho bien. ¡Dios te lo pague Abu-'l-Alá, tú eres un hombre de

(1) Entre las mujeres que habian traído hizo que hilar á las hijas de Motamid, se hallaba la hija de un «arif,» ó ugiar del ex-rey de Sevilla.

corazon! Ignoro cuando será cumplido el voto que yo hago; pero me consuelo con la idea que, todo tiene término en este mundo (1).

Lo que algunas veces le proporcionaba un consuelo momentáneo eran las cartas y las visitas de los poetas á quienes en otro tiempo habia colmado de beneficios. Muchos de ellos hicieron el viaje á Aghmat; entre otros Abu-Mohamed Hidjarí, que por un solo poema habian recibido de él tanto dinero que pudo abrir una casa de comercio y gozar de un honrado bienestar mientras vivió. Motamid le confesó que se habia equivocado en llamar á Yusuf á Andalucía. «Al hacerlo, dijo, cabé mi propia fosa.» Cuando el poeta vino á despedirse para volver á Almería donde habitaba, Motamid quiso todavía hacerle un regalo apesar de la exigüidad de sus medios, pero Hidjarí tuvo la delicadeza de reusarlo é improvisó estos dos versos:

Os juro que no aceptaré nada de vos, ahora que el destino os ha herido de un mo-

(1) Abd-el-wahid, p. 109.

do tan cruel y tan injusto. Lo que me disteis otras veces es muy suficiente, aunque vos mismo lo hallais olvidado (1).

Pero el mas leal y el más asiduo de estos amigos era Ibn-al-labbana y una vez que fué á Aghmat, trajo buenas noticias de Andalucía. Los ánimos, decia, están conmovidos. Los patricios, que nunca quisieron la dominacion de Yusuf se agitaban y conspiraban para volver á poner á Motamid en el trono (2). Decia bien, el descontento era muy grande en las clases ilustradas y el gobierno no tardó en tener las pruebas. Así que tomó medidas de precauciones hizo prender á muchas personas sospechas, especialmente en Málaga pero los conjurados de esta ciudad, cuyo gefe era Ibn-Khalaf, patricio muy considerado, se aprovecharon de la oscuridad de la noche para escaparse de la cárcel y se hicieron dueños de Montemayor (3). No tardó Abd-al-djabbar, hi-

(1) «Abbad», t. II, p. 147, 149.

(2) Véase el poema de Ibn-al-labbana, «Abbad», t. I, p. 319, 320 y mi comentario «ibid», p.366 y sig.

(3) Montemayor cesca de Marbella, es lo que los Españoles llaman un despoblado, un lugar deshabitado.

jo de Motamid que se habia quedado en Andalucía con su madre y á quien el pueblo tomaba por Radhí, (el que habia sido asesinado en Ronda) en presentarse á ellos que lo hicieron su gefe, y todo parecia marchar á medida de sus deseos. Un navío de guerra que se perdió en las cercanías del castillo les suministró víveres, municiones y armas. Algeciras se declaró por ellos lo mismo que Arcos y habiendo ido á esta última ciudad, en 1095, Abd-al-djabbar, comenzó á hacer razzias que llegaban hasta las mismas puertas de la antigua capital del reino de sus abuelos (4).

La primera noticia de la rebelion de su hijo causó á Motamid profundo dolor. Le asustaba la temeridad de la empresa y temia para Abd-al-djabbar un destino tan cruel como habia sido el de mucho de sus hijos; pero no tardaron estos sentimientos en dejar lugar á la esperanza; entreveia la posibilidad de volver á su país y de reconquistar su trono (5) y no lo ocultaba á sus amigos. Escribiendo, por ejemplo, al poeta

(4) «Abbad», t. II, p. 228, 229; t. I, p. 64.

5) «Abbad», t. I, p. 66.

Ibn-Hamdís que se había vueltō á Mahdia despues de haberlo visitado, le envió un poema, que comenzaba de este modo:

«La cátedra en la mezquita y el trono en el palacio, lloran al cautivo que el destino ha arrojado á las playas africanas,»

y en la cual decia:

«¡Oh! yo quisiera saber, si volveré á ver mi jardin y mi lago en aquel noble país donde crecen los olivos, donde arrullan las palomas, dõnde los pájaros hacen oír sus dulces gorgeos (1).»

Ibn-al-lábbana alimentaba sus esperanzas. La víspera de volverse á Andalucía había recibido de Motamid veinte ducados y dos piezas de tela: le devolvió este regalo y entre los versos que le envió con esta ocasion se encuentran estos:

¡Todavía un poco de paciencial Pronto me llenarás de felicidad, porque volverás á subir al trono. El dia en que vuelvas á tu palacio me elevarás á las mas altas dignidades. Tú superarás entonces al hijo de Merwan en generosidad y yo superaré á Djarir

(1) «Abbad», t. I, p. 63.

en talento (1). Prepárate á lucir de nuevo: un eclipse de luna no es nunca de mucha duracion (2).

Cargado de cadenas—porque Yusuf habia ordenado volvérselas á poner, «habla rugido el leoncillo y se temia el bote del leon»—Motamid vivia así de esperanzas, no enteramente infundadas: el partido de Abd-al-djabbar era numeroso é inspiraba al gobierno graves inquietudes; supo mantenerse durante mas de dos años y no estaba domado aun, cuando Motamid murió despues de una larga enfermedad (3) (1095) á la edad de cincuenta y cuatro años (4).

El ex-rey de Sevilla fué enterrado en el cementerio de Aghmat. Algun tiempo despues con ocasion de la fiesta de la cesacion

(1) Dejarir era el poeta favorito del califa Abelmelic hijo de Merwan.

(2) «Abbad», p. 310, 311.

(3) «Abbad» t. I, p. 71.

(4) La rebelion de Abd-al-djabdar comenzó en 1093, á los dos años, hizo este príncipe su entrada en la ciudad de Arcos. Allí fué sitiado por Sir, gobernador de Sevilla. Fué muerto por una flecha, pero sus partidarios no se rindieron, sino algun tiempo despues. Véase «Abbad», t. II, p. 228 y tomo I, p. 64, 65.

del ayuno, el poeta andaluz Ibn-Abd-az-zamad dió siete veces la vuelta alrededor de su tumba á ejemplo de los peregrinos que dan la vuelta á la Caba; luego se arrojó, besó la tierra que cubria los restos mortales de su bienhechor y recitó una elegía. Conmovidá por su ejemplo, la multitud dió también la vuelta á la tumba á la manera de los peregrinos, lanzando gemidos prolongados (1).

«Todo el mundo ama á Motamid, dice un historiador del siglo XIII, todo el mundo tiene piedad de él y hoy se le llora todavía (2),» En efecto, ha llegado á ser el más popular de todos los príncipes andaluces. Su generosidad, su bravura, su espíritu caballeresco, le hicieron amar de los hombres cultos de las generaciones subsiguientes; las almas sensibles se sentían interesadas por su inmenso infortunio; al vulgo le entretenían sus aventuras romancescas y, como poeta, fué admirado hasta por los Beduinos que, respecto al lenguaje y á la poesía, pasaban por jueces más severos y competentes que los habitantes de las ciudades. He aquí

(1) «Abbad», t. I, p. 71.

(2) Ibn-al-Abbar, «Abbad», t. II, p. 63.

por ejemplo lo que se refiere sobre este asunto:

En uno de los primeros años del siglo XII, un sevillano que viajaba por el desierto, llegó á un cámpamento de Beduinos Lakhmitas. Habiéndose aproximado á una tienda y pedido hospitalidad á su dueño, éste, gozoso de poder practicar una virtud que su nacion aprecia infinito, le acogió con gran cordialidad. Ya habia pasado el viajero dos ó tres dias con su huesped, cuando una noche despues de haber intentado en vano conciliar el sueño, salió de la tienda á respirar el aliento de los céfiros. Hacía una noche serena y admirable, dulces y regaladas brisas templaban el calor. En un cielo sembrado de estrellas, se adelantaba la luna, lenta, majestuosa, iluminando con su luz al desierto augusto que hacia resplandecer como un espejo y que ofrecia la imágen mas acabada del silencio y del reposo. Este espectáculo recordó al sevillano un poema que su antiguo soberano habia compuesto y comenzó á recitarlo. El poema era este:

Habiendo estendido la noche las tinieblas
á guisa de un inmenso velo, yo bebia á la

luz de las antorchas el vino que centelleaba en la copa, cuando de pronto se mostró la luna acompañada de Orion. Se la hubiera creído una reina soberbia y magnífica que quería gozar de las bellezas de la naturaleza y que se servía de Orion como de un dosel. Poco á poco venían á rodearla á porfía otras brillantes estrellas; la luz aumentaba á instante y en la cómitiva las Pleiadas parecía el estandarte de la reina. Lo que ella es allá arriba, yo lo soy aquí bajo, rodeado de mis nobles caballeros y de las hermosas jóvenes de mi serrallo cuya negra cabellera se parece á la oscuridad de la noche, mientras que sus copas resplandecientes son estrellas para mí. Bebamos amigos míos, bebamos el jugo de la viña, mientras que estas hermosas acompañándose con la guitarra, van á cantarnos sus melodiosas coplas (1).

Luego recitó el Sevillano un largo poema que Motamid había compuesto para apaciguar el enojo de su padre irritado por el desastre que había sufrido en Málaga su ejército á consecuencia de la negligencia de su hijo que lo mandaba.

Apenas hubo concluido, cuando la tela

(1) «Abbad», t. I, p, 40

de la tienda, ante que se hallaba por casualidad, se levantó, y un hombre que se hubiera reconocido desde luego por el jéque de la tribu, nada mas que en su aspecto venerable, apareció á su vista y le dijo con esa elegancia de diction y esa pureza de acento, por que siempre han sido famosos los Beduinos y de las que están orgullosos en extremo:

—¿Dime, ciudadano, á quien Dios bendiga, de quién son esos poemas límpidos como un arroyo, frescos como la yerbecilla que la lluvia acaba de regar; ya tiernos y suave como la voz de una jóven de collar de oro, ya vigorosos y sonoros como el grito de un jóven camello?

—Son de un rey que ha reinado en Andalucía y se llamaba Ibn-Abbad, respondió el extranjero.

—Supongo, replicó el jéque, que ese rey reinaria en un pequeño rincon de tierra y podria por consiguiente consagrar todo su tiempo á la poesia; por que cuando se tiene otras ocupaciones no se tiene tiempo para componer versos como esos.

—Perdonadme, este rey reinaba sobre un gran pais.

—¿Y podriais decirme á que tribu pertenecia?

—Seguramente; era de la tribu de Lakhm.

—¿Qué decís, era de Lakhm? ¡Entonces era de mi tribu!

Y entusiasmado con haber encontrado una nueva ilustración para su tribu, el jé-que, en un raptó de entusiasmo, comenzó á gritar con voz de trueno:

—Arriba, arriba; gentes de mi tribu! Alerta, alerta!

Y en un abrir y cerrar de ojos todos estuvieron en pié y vinieron á rodear á su jé-que, que, viéndolos reunidos, les dijo:

—Escuchad lo que acabo de oír y retened bien lo que acabo de grabar en mi memoria; por que és un título de gloria que se os ofrece á todos vosotros, un honor de que teneis el derecho de estar orgullosos. Ciudadano, recitadnos una vez más, yo os suplico, los poemas de nuestro primo.

Cuando el Sevillano hubo satisfecho este deseo y todos los Beduinos admirado los versos con el mismo entusiasmo que su jé-que, éste les refirió lo que habia oido decir al extranjero, respecto al origen de los Beni-Abbad, sus aliados y sus parientes,

puesto que descendian tambien de una tribu lak'hmita que recorria en otro tiempo el Desierto con sus camellos y levantaba sus tiendas donde las arenas separan el Egipto de la Siria, y luego les habló de Motamid, poeta unas veces gracioso, otras sublime, el heróico caballero, el poderoso monarca de Sevilla. Cuando hubo concluido, todos los Beduinos ébrios de gozo y de orgullo, montaron á caballo para entregarse á una brillante «fantasía» que duró hasta los primeros albores de la aurora. Enseguida el jéque eligió veinte de sus mejores camellos y se los dió de regalo al extranjero. Todos siguieron su ejemplo en la medida de sus facultades y antes que el sol hubiera aparecido del todo, el Sevillano se encontró dueño de un centenar de camellos. Despues de haberlo acariciado, cuidado, festejado y honrado de todos modos, apenas consentian en dejarle marchar aquellos generosos hijos del Desierto, cuando llegó el momento de ponerse en camino, tan querido se habia hecho para ellos el que sabia recitar los versos del rey poeta á quien llamaban primo suyo (1).

(1) «Abbad», t. II, p. 66, 67.

Cerca de dos siglos y medio despues, cuando la España musulmana antes tan escéptica, hacia mucho tiempo que se habia hecho devota, un peregrino con su bordon y su rosario recorria el territorio de Marruecos á fin de conversar con los piadosos cronistas y visitar los santos lugares. Este peregrino era el célebre Ibn-al-Khatib, primer ministro del rey de Granada. Habiendo llegado á la pequeña ciudad de Aghmat, se dirigió al cementerio donde reposaban Motamid y su esposa bajo un otero cubierto de loto. A la vista de estas dos tumbas destrozadas por la vejez y el abandono, el visir granadino no pudo contener sus lágrimas é improvisó estos versos:

He venido á Aghmat para cumplir un piadoso deber, para arrodillarme sobre tu tumba, ¡Ah! ¿por qué no me ha sido dado conocerte vivo y cantar tu gloria, á tí, que escedias á todos los reyes en generosidad, á tí, que brillabas como una antorcha en las tinieblas de la noche? Séame lícito al menos saludar respetuosamente tu tumba. La elevacion del terreno la distingue de las del vulgo: habiendo sobresalido entre los demás durante tu vida, sobresales tambien entre los que duermen á tus piés el sueño eterno. ¡Oh sultan entre los vivos y sul-

tan entre los muertos! nunca vieron los siglos pasados otro igual á tí, ni creo que han de ver los siglos futuros rey que te se parezca (1).

Motamid no fué ciertamente un gran monarca. Reinando sobre un pueblo enervado por el lujo y que no vivía más que para el placer, lo hubiera sido difícilmente, aun cuando su natural indolencia y ese amor á las cosas exteriores que son la dicha y la enfermedad de los artistas no se lo hubiesen impedido. Pero ninguno atesoró en su alma tanta sensibilidad, tanta poesía. El menor suceso de su vida, la menor alegría ó el menor pesar tomaban, al punto en él formas poéticas y se podría escribir su biografía ó al menos su vida íntima nada más que con sus versos, revelaciones del corazón en que se reflejan esas alegrías y esas tristezas que el sol ó las nubes de cada día traen ó se llevan consigo. Luego tuvo la fortuna de ser el último rey indígena que representara digna, brillantemente, una nacionalidad y una cultura intelectual que sucumbieron ó poco menos bajo la domina-

(1) «Abbad», t. II, p. 222, 223.

cion de los bárbaros que habian invadido el pais. Túvose por él una especie de predileccion como por el más jóven, como por el Benjamin de esa numerosa familia de príncipes poetas que habian reinado en Andalucía. Se le echaban de menos más que á todos los demás, casi con exclusion de todos los demás, lo mismo que la última rosa de la primavera, los últimos dias hermosos del otoño, los últimos rayos del sol que se pone, son los que inspiran el mas vivo sentimiento.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

NOTAS DEL AUTOR.

NOTA A, pág. 31.

Algunos autores hacen morir á Yahya en el año 427 de la Hegira y otros en el año 429. El relato de Ibn-Haiyan muestra que la primera fecha es la verdadera. Este autor trae las mismas palabras de que se sirvió un soldado berberisco de Carmona, Aba-'l-Fotuh (ó Abu-'l-Fath) Birzeli, que se encontraba entre los que fueron á Sevilla á la fiesta de los sacrificios del año 426 (es decir, en el último mes de aquel año) y que *en el mes siguiente, en el de Moharram de 427*, tomó parte en el combate que la caballería sevillana dió á Yahya á las puertas de Carmona y que terminó con la muerte de éste. No hay pues, duda alguna sobre el año y el mes de la muerte de este príncipe, pero no podemos señalar el día. Abd-el-Wahid dice: domingo, siete días después del principio de Moharram (es decir el día 8 de este mes) del año 427, pero el 8 de Moharram de 427 cae en miércoles y no en domingo.

Por lo demás, el relato de Ibn-Haiyan muestra también que en lugar de decir que Hixem-II fué proclamado de nuevo califa en Córdoba *en el mes de Moharram* de 429, Ibn-al-Athir (*Abbad.*, t. II, p. 84, l. 9) hubiera debido decir: *en el mes de Moharram* de 427, por que puesto que Ibn-Djahwar consintió solo en hacerlo porque temia ser atacado por Yahya (*Abbad.*, t. I, p. 222, l. 28) debió haberlo hecho necesariamente antes de la muerte de este príncipe.

Ibn-Khaldum (*apud* Hoogvliet, p. 28; yo he corregido el texto de este pasaje en mis *Recherches*, t. I, de la 1.^a edición, p. 215, nota) se ha equivocado gravemente al hablar del papel que Mohamed Ibn-Abdallah representó en esta época.

NOTA B, pág. 107. P. C. de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Ibn-Khacan pretende que Ibn-Abd-al-barr escribió esta carta á Motahid por orden de Mowaffac Abu'l-djaich, es decir, de Modjehid príncipe de Denia. Pero habiendo muerto éste en 436 de la Hégira y habiendo ocurrido la toma de Silves en 443 ó en el año siguiente, debe haber algun error en este aserto. La fecha de la toma de Silves no puede ser dudosa. Esta ciudad debió ser conquistada después de las tomas de Niebla y de Huelva en 443 (véase *Abbad.*, t. I, p. 252 y compárese con el t. II, p. 210) y antes de la de Santa María en 444 (véase *Abbad.*, t. II, p. 210, última línea y p. 123). Además, Motamid que no nació hasta el año 431 no podía mandar

el ejército de su padre antes de 436, época de la muerte de Modjehid. Creo pues, que Ibn-Khacan habría debido nombrar á Alí, hijo y sucesor de Modjehid ó quizás á algun otro príncipe.

NOTA C, pág. 117.

Las circunstancias especiales de este relato se encuentran en un pasaje de Ibn-Bassaim (*Abbad.*, t. I, p. 250, 251) donde hay dos ó tres faltas que corregir. Nowairí (*ibid.*, t. II, p. 129, 130) trae tambien buenas noticias; solo que este cronista sin hablar de inexactitudes de menor importancia, se equivoca en nombrar á Carmona en lugar de Ronda. Los relatos de Ibn-Khaldun (*ibid.*, t. II, p. 210, 214, 215) me parecen confusos ó inexactos, sobre todo en lo que concierne á los nombres propios y á las fechas.— Véase tambien á Ibn-Haiyan en mi introduccion á la Crónica de Ibn-Adharí, p. 86.

NOTA D, pág. 230.

Al tratar de este período no me he servido del libro que lleva el título de *Raudh al-mitar* (*Abbad.*, t. II, p. 236 y sig.) Maccari que ha dado de él largos extractos, parece darle importancia por que es de un autor español, pero este español no es de los antiguos y no hace más que copiar á un escritor asiático. Esto es lo que resulta de comparar el artículo sobre Yusuf Ibn-Techafin en Ibn-Khallican, don-

de se hallan largos pasajes de una biografía de Yusuf, intitulada *al-Moribansirati meliki 'l-Maghríb* y que fué escrita en Mozul en 1183, porque estos pasajes se encuentran textualmente en el *Raudh al-mítar*, de modo que es seguro que el autor de esta última obra ha copiado al anónimo de Mozul. Pero cuando se trata de historia de España es preciso desconfiar casi siempre de los relatos escritos en Asia. Estos relatos, como ya he tenido ocasión de observar en otra parte (1) provienen ordinariamente de viajeros, de mercaderes, de noticieros y no es extraña á ellos la fantasía, ántes por el contrario, juega muchas veces gran papel. El que nos ocupa no es una escepcion de la regla general: escrito en un estilo extremadamente sentencioso y que descubre en el autor la pretension de querer rivalizar con los antiguos sábios del Oriente, contiene muchas cosas inverosímiles en sí mismas y de las que los cronistas españoles no saben nada.

NOTA E. p. 249.

Las crónicas latinas si se exceptúa el *Chronicon-Luzitanum* (*Esp. Sagr.*, t. XIV, p. 418, 419) no entran en ningun detalle acerca de la batalla de Zallaca y entre los cronistas árabes que hablan muy es-

(1) *Recherches*, t. I, p. 184 y sig.

tensamente de ella (1), hay pocos que merezcan entera confianza. Algunos se equivocan hasta esta fecha. La fecha verdadera, viernes 12 Redjeb de 479, se encuentra en el *Holal* (*Abbad.*, t. II, p. 197) y en el *Cartás* (p. 98) donde se lee que este día corresponde al 23 de Octubre (de 1086) lo que es cierto (compárense con los *Annales Complat.*, p. 314, 315); pero otros autores se engañan no solo en el más (pues que lo llaman Ramadhan en vez de Redjeb) sino tambien en el año. Abd-el-wahid (p. 93 y 94) por ejemplo, cita el año de 480, é Ibn-al-Cardebus (*Abbad.*, t. II, p. 23) el de 481. Es un fenómeno muy extraño, pues se trata de una batalla celeberrima y pues que en Andalucía se decia el año de Zallaca en lugar del 479 (2), pero el hecho es que en ninguna de las crónicas que nos quedan han sido compuestas por contemporáneos, son del siglo XIV, del XIII ó todo lo más del XII, y por consiguiente merecen poca confianza. Juntose á esto que en la época en que escribian, los retóricos se complacian en componer cartas que suponian escritas por personajes históricos. Este hecho no puede ser puesto en duda, pues existen pruebas concluyentes. El autor del *Holal* por ejemplo, trae la carta que Motamid escribió á su hijo Rachid la noche después de la bata-

(1) *Abbad.*, t. II, p. 8, 21, 23, 36, 39, 134, 136, 196, 201; *Cartás*, p. 94, 98; Abd-el-wahid, p. 93, 94; Abu-'l-Haddjadj *apud*; Ibn-Khallican Fasc. XII, p. 16, 17.

(2) Ibn-Khallican, Fasc. VII; p. 135.

lla. No tiene más que dos renglones (véase *Abbad.*, t. II, p. 199), pero el autor del *Raudh al-mitar* (*ibid.*, t. II, p. 248) la trae también y ya es diferente. Por último, otra tercera se encuentra en Ibn-al-Khatib (*ibid.*, t. II, p. 176) y esta no tiene menos de quince líneas. Es pues, absolutamente preciso que dos de estas cartas sean de fábrica moderna, acaso le sean todas tres. La prudencia ordena pues, estar prevenidos contra los pretendidos documentos oficiales que ofrecen estas crónicas; creo, deber confesar que dudo de la autenticidad de la mayor parte de las cartas que trae el *Holal* y que el boletín en que Yusuf refiere la batalla de Zallaca y que se encuentra en el *Cartás* me parece muy sospechoso.

NOTA F, pág. 278 y 282.

Tengo que justificar la cronología que he adoptado en este relato. A mi juicio Yusuf vino por segunda vez á España en la primavera del año 483 de la Hegira, 1090 de nuestra era, tres años y medio después de la batalla de Zallaca, sitió á Aledo durante el verano y se apoderó de Granada en Noviembre. Sin embargo, Abu-'l Haddjadj Baiyasi (citado por Ibn-Khallican en su artículo sobre Yusuf), el autor del *Cartás* y el del *Holal* traen otra cronología; suponen que Yusuf vino por segunda vez á España en el año de 481 (1088) que sitió á Aledo (1) en aquel

(1) *Alaet* en Pelayo de Oviedo (c. 11,) que cuenta esta ciudad entre las que conquistó Alfonso *Halaet* en los *Gesta Roderici*. En vez de: «Fué la batalla de Da-